



UNIVERSIDAD DE LAS PALMAS DE GRAN CANARIA  
Biblioteca Universitaria



UNIVERSIDAD DE LAS PALMAS DE GRAN CANARIA  
Vicerrectorado de Cultura y Deporte

# HUM 820

Gara Santana Suárez



SEGUNDO PREMIO 2014

# HUM 820

Gara Santana Suárez

Pocas cosas me hacen sentir tan angustiada como un folio en blanco. Cuando los minutos pasan sin piedad y el cursor no para de parpadear en la pantalla y crece la ansiedad por la fecha de entrega. Esta ansiedad se ha visto agudizada porque en el Campus Virtual aparece un calendario con un cuadrito de diálogo que te advierte: “te quedan 2 días para entregar la actividad: Redacción, ¿Qué nos hace humanos?”. A decir verdad, la tarea que nos ha encomendado el profesor de Antropología me ha pillado por sorpresa. En realidad, tener la asignatura de Antropología en la carrera de Historia ha sido en sí mismo una sorpresa.

A los estudiantes de Historia nos suele gustar mucho esta asignatura. El profesor sabe transmitirnos el amor que él siente por la materia. Además, ha viajado por todo el mundo y ha convivido con tribus de Sudamérica. Definir a este profesor es difícil pero necesario. Estamos hablando de una persona a la que sería injusto aplicarle un Síndrome de Peter Pan; más bien, es como si se hubiese quedado en el preciso momento en que decidió renegar de la sociedad occidental y de su ansia de consumo, destrucción y guerra, de modo que cuando viene a darnos clases, imagino que tiene su nave espacial aparcada en el *parking* del Campus de Humanidades y que cuando termine la lección se volverá a su planeta sin tener contacto con nadie contaminante.

—Si pudieran ver lo que yo he visto —nos dice muchas veces— entenderían el ridículo que estamos haciendo a nivel antropológico.

Es normal que ya nos parezca la misma cantinela de siempre, ha contado diez veces en dos meses que cuando se bañó en el lago *Around-hurí* se le perdieron los calzoncillos y se sintió avergonzado de volver con el grupo de indígenas con el que llevaba conviviendo tres meses, y cuando volvió al poblado nadie se percató de que él iba desnudo, porque todos los nativos lo estaban y a nadie le importaba. Entonces siempre suelta una sonora carcajada y nos dice:

—Los prejuicios, chicos, están en nuestra cabeza.

Y para demostrárnoslo a todos, nos mandó a hacer esta redacción (que aún tengo en blanco), donde tenemos que explicar nada más y nada menos que qué es lo que nos hace humanos. Nos dijo que no quería que le llenáramos ocho folios de citas bibliográficas sacadas de su contexto y puestas como con pegamento, porque nos falta experiencia y libros por leer para poder sacar una conclusión esclarecedora para la comunidad científica y que eso le aburría

mucho. De modo que lo que quería era que pensáramos, que imagináramos que nos piden una columna de opinión para el *National Geographic* y que hablásemos desde el corazón. A los alumnos por lo general nos da mucho miedo pensar, pero esto era divertido, ¿no creen?

Le dije a Abraham, “mi primer amigo de la carrera”, como yo lo llamaba, que qué creía él que nos hacía humanos. Abraham se sentó desde el día de la presentación de 1º a mi lado. A priori éramos el día y la noche, pero la carrera nos demostró que bien valía la pena un eclipse por una amistad como la nuestra. Cuando le formulé la pregunta, me miró por encima de sus gafas y me dijo:

—La cerveza fría.

—Tomo nota —respondí. Y me fui a la biblioteca en busca de nuevas respuestas.

Es romántico pensar que en la biblioteca hay respuestas, pero todo aprendiz de científico sabe que sobre todo hay nuevas preguntas. Por ejemplo: encontrar un libro que busco a mí me resulta agotador, siempre he pensado que mi lado del cerebro que se encarga de las matemáticas y de buscar libros por su signatura lo tengo bastante averiado. De modo que me suelo lanzar a la aventura y me digo: “debe de estar por aquí, porque por aquí se sienta mucha gente de mi carrera”. Y me funciona, porque siempre doy con el ejemplar que busco. En este caso, el ejemplar en cuestión era *La formación de la Humanidad* de Richard Leakey. El criterio que usé para empezar por este libro, además del tema que trata, es que el profesor nos contó que este autor llevaba a sus excavaciones arqueológicas en Laetoli, Etiopía, a toda su familia y a sus preciosos perros dálmatas. Me parece una imagen adorable, la de la Señora Leakey, también arqueóloga, descubriendo las huellas de *australopithecus afarensis* y sus perros por otro lado enterrando huesos ya encontrados. ¿No es adorable? El problema es que Leakey no se decanta a nivel científico por una respuesta tajante a la pregunta que plantea mi redacción, pero sí que deja caer algunas aptitudes especialmente humanas como la adaptación del medio a sus necesidades gracias a la creación de herramientas, el hecho de compartir la comida en los yacimientos, ¿quién es este Erasmus tan guapo sentado en frente de mí en la biblioteca?... Perdón, eso no lo dijo Leakey, eso lo digo yo. ¿Será italiano? Me encantaría que fuera italiano, aunque es un poco rubio para ser italiano. Se preguntarán que cómo sé que es un Erasmus. Es muy fácil. Nadie de Humanidades coge tanto sol en invierno como los Erasmus, y este está

muy rojito. Tal vez sea nórdico o de Temisas y yo aquí haciendo conjeturas. Por suerte mi amigo Abraham las interrumpió y nos fuimos un ratito a la cafetería. Hoy Carlos, el camarero, tenía puesto en la radio Queen.

—¡Rock del bueno!

Grité para hacerme la interesante, aun habiendo nacido en 1987 y solo saber tararear mal *We are the champions*.

—Dice Leakey que compartir nos hace humanos —le dije a Abraham sin previa introducción formal.

—Los chimpancés comparten.

—Ya.

Las conversaciones con Abraham no eran largas, mentiría si dijera que me gustaba hablar con él porque no hablábamos nunca, realmente me gustaba estar con él y ya está. A veces, si hablábamos de anarquismo o de política contemporánea, sí se dilataba más la conversación, pero al tema de los antropoides él no le encontraba nada de filosófico. Volví a la biblioteca pensando si era eso precisamente, la filosofía, lo que nos hacía humanos. Sin duda alguna, si no es la característica principal sí es una muy particular; quiero decir, que no me imagino a un chimpancé rascándose la cabeza y planteando: “solo sé que no sé nada”. Pensando en estas cavilaciones tan impropias para una redacción universitaria llegué a mi asiento en la biblioteca. Para mi sorpresa el Erasmus se había ido. Pensé que por este motivo los filósofos no tienen suerte en el amor. Se les escapan las mejores oportunidades delante de las narices. En la mesa de la biblioteca me esperaba un folio en blanco, deslumbrante por culpa de un flexo donde había apuntadas una serie de ideas: Pulgar oponible, creación de artefactos, sensibilidad para el arte, la escritura, la solidaridad... Qué llena de lugares comunes iba a estar mi redacción si iba a desarrollarse solo a partir de estas premisas. Desanimada y cansada decidí irme a casa, apagué mi flexo, cogí mi hoja en blanco, la arrugué y la tiré a la basura. Mañana será otro día.

A la mañana siguiente, Abraham vino a buscarme a mi casa, vivíamos a solo dos bloques de distancia y nos hacíamos compañía hasta la universidad.

—Mira, ¿ves a ese tío de ahí? Es un policía secreta.

— ¿Cómo lo sabes, Abraham?

— ¡Toda la ciudad lo sabe, chiquilla!

Cuando Abraham decía eso valía más callarse. Al llegar al campus me despedí de él y volví a mi redacción, otro folio, otro tipo de blanco... Dicen que los *inuits* de Alaska distinguen muchos tipos de blanco porque el blanco es su vida y es normal que tengan muchas palabras para referirse a él. Espero que este blanco folio no se convierta en mi vida. ¿Qué demonios nos hará humanos? Rumié en voz baja... Y entonces, otro tipo de blanco iluminó la entrada de la biblioteca. Era blanco-Erasmus. Blanco celestial. Blanco...

—Excúseme —me dijo. Con mis ensoñaciones no me di cuenta de que venía justo a sentarse delante de mí—. *Can I sit here, please?*

—Oh, lo siento. ¡Tengo que irme!

Salí corriendo tan aprisa que el folio en blanco donde solo tenía anotado el título de la redacción voló por los aires. En mi imaginación yo iba corriendo como quien huye de un jaguar, pero realmente iba a un paso más ligero de lo habitual, tratando de no hacer ruido en el suelo de madera y de que nadie notara mi sudor frío y mis cachetes encendidos de pura vergüenza. Decidí refugiarme en el pasillo de Filosofía Postmoderna, allí nunca solía haber nadie y podría tranquilizarme. Siempre he pensado que los postmodernos son unos derrotistas y unos exagerados pero hoy creo que a lo mejor solo eran personas a los que les daba miedo entablar conversación con un Erasmus. Me puse a pensar que a pesar de haberme hablado en inglés, tenía cierto acento francés, y ahora que lo pienso tenía cara de Pierre. Ojalá se llamara Pierre. Entonces me puse a hablar muy seria conmigo misma y me dije que no tenía ningún sentido estar huyendo como una adolescente sin educación ciudadana, tenía que volver allí y decirle que queda excusado y que se siente, que Europa somos todos... No. Eso no le diré. Me acercaré a él, me sentaré sin arrastrar la silla y le diré: "Buen día". Y seguiré con mi redacción. Nerviosa iba hacia el pupitre con la cabeza más puesta en mi boda con el supuesto Pierre que en darme cuenta de que Pierre (si así se llamaba) se había ido. Solo encontré debajo del título de mi redacción un pequeño papel doblado por la mitad. Inmediatamente mi cabeza se puso en

marcha e imaginó que se trataría de su número de teléfono, de su correo electrónico, de un lugar y una hora para quedar, él llevaría narcisos y yo un libro de García Lorca... Sería tan romántico...

Cuando ya me decidí a abrir el papel pude leer solo una signatura: HUM820-3=HEM por, Prólogo. Pensé que se trataba de una broma pesada, no había podido romperme el corazón de esa forma sin tan siquiera conocerme, no pudo con una frialdad infinita marcharse y dejar tirada allí la signatura del libro que estuvo consultando, ¡tirada en mi parte de la mesa que han pagado mis padres con sus impuestos! Cabreada como nunca, empecé a escribir mi redacción, apretando mucho el bolígrafo para que no se borrara nunca: Lo que nos hace humanos es que infligimos dolor a las personas inocentes, que nos marchamos sin despedirnos y que no nos importa romperle el corazón a las estudiantes de Historia. Qué disparate. Iré en busca de un títex... dejarme una signatura, y yo pensando que quería quedar conmigo, “¡Oh, sí, quedemos en un libro! Quedemos en Tarzán, yo seré Jane y tú un salv-”... Un momento... “Quedemos en un libro”... No puede ser que este chico quiera decirme algo... ¡Por medio de un libro! Vale, no hay que ponerse nerviosa, solo hay que poner en práctica todo lo que aprendiste en ese cursillo *online* para ser una buena usuaria de la biblioteca... debí habérmelo tomado más en serio, qué razón tenía mi abuela cuando decía que uno aprende lo que le interesa y cuando le interesa. Empecemos por HUM, eso es que estamos bien situados porque se refiere a la biblioteca de Humanidades. Siguiendo problema: 820. Vale, esto tiene que ver con las cartelas que ponen las bibliotecarias encima de cada estante, voy a mirar; 910, 900, se ruega silencio, 890...mmm creo que tendré que bajar. Odio bajar la escalera de caracol de esta biblioteca, hace tanto ruido que todos los estudiantes miran enfadados esperando a ver si te dignas a terminar de zapatear como en un tablao flamenco. Aquí está, justo debajo de la escalera, 820. ¿3=60? ¡Pero qué operación matemática es esta! Ah, sí, ya entiendo, es que hay muchos 820... Vale, hay una cosa que sí sé y por algo saqué un 5 en el cursillo *online*: *Hem* es parte del nombre del autor y *por* es la primera letra del título. No lo puedo creer, ¡he llegado a mi cita con Pierre! El prólogo sabré buscarlo sin problemas. El libro es sorprendentemente famoso en general y desconocido para mí en particular, *Por quién doblan las campanas* de Hemingway. Fui directa e inevitablemente al prólogo que rezaba:

*Nadie es una isla, completo en sí mismo;  
Cada hombre es un pedazo de continente, una  
Parte de la tierra; si el mar se lleva una porción  
De tierra, toda Europa queda disminuida,  
Como si fuera un promontorio, o la casa de  
Uno de tus amigos, o la tuya propia; la muerte  
De cualquier hombre me disminuye, porque  
Estoy ligado a la humanidad; y por consiguiente,  
Nunca hagas preguntar por quién doblan  
Las campanas; doblan por ti.*

John Donne

Cerré el libro, me sequé las lágrimas de los ojos y lo abracé contra mi pecho como a un oso de peluche. Subí a mi pupitre, miré el asiento vacío de Pierre y comencé a escribir mi redacción. Comprendí que lo que nos hace humanos no es otra cosa que la Humanidad y no me refiero solo a ser buenos los unos con los otros, sino a vivir los unos con los otros, inevitablemente. El Doctor Leakey escribió que nunca hubiéramos sobrevivido como especie si no hubiésemos construido comunidades, grupos, tribus... Entonces, ¿qué es lo que estamos haciendo hoy tendiendo al individualismo y al egoísmo? ¿Y dónde demonios se mete Pierre? ¿Por qué desaparece así? ¿Acaso es el ángel de las redacciones pasadas? Me temo que es más tímido que yo, y aun así me ha hecho el mejor regalo que me han hecho nunca. Hemos quedado en un libro y he terminado mi redacción, concebir a la Humanidad así me ayuda a entender muchas cosas, entre ellas por qué mi profesor no se ha marchado a su planeta. Le gusta la Humanidad con sus miserias y éxitos, y les confesaré que a mí, hoy, empieza también a gustarme.

